



Imre Kertész • Juan Calzadilla • Tambor Vargas • Alba María Paz Soldán • Hugo Murillo Bénich
Elvio Romero • Luz Aparicio de Fuentes

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVIII n° 441 Oruro, domingo 11 de abril de 2010





"Pintura 2009" Óleo sobre tela 3 x 1.20 m
Erasmo Zarzuela Chambi

Consejo

Queda por ver si soy capaz de vivir la vida normal de un hombre. Y sospecho que nunca recibiré una respuesta clara e inequívoca a esta pregunta, al menos mientras viva donde vivo y donde mi estar marcado es eterno, puesto que se ha convertido ya, muy probablemente, en mi naturaleza.

Leo a Márta. *Lo que quedó fuera de los Diarios*, en mi habitación, donde hace un calor intenso. Un libro interesante, lleno de los confusos resentimientos inmediatamente posteriores a la guerra (que en gran parte quedaron fuera de los *Diarios*). Recomienda a los judíos que se conviertan al cristianismo. El consejo resulta inadmisible por el mero hecho de que —tal como compruebo mirando alrededor en el mundo cristiano— son escasísimos los cristianos incluso entre los cristianos.

Imre Kertész en: *Yo, otro* (Crónica del cambio).



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo CÁCERES r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Dueno no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Detrás del vidrio, mirando fijamente



En algunas ocasiones me imagino que mi voz debe ser igual a un ladrido de perro. Bastante oscura y confusa, por cierto, para ser comprendida por otro que no sea yo mismo, pero lo suficientemente inconfundible para no ser un ladrido de perro. Mi voz cae detrás del muro, se hace perfectamente visible, podría tocar su forma si yo estuviese ahora del otro lado, pero seguramente nadie sino yo. Ella se alarga, corre despertando en la noche a los que duermen, aun en ese instante en que ni siquiera yo mismo me oigo. Puedo gritar, nadie me escucharía. Situación penosa y ridícula, semejante a aquella por la cual yo atravesaba en la escuela cuando el maestro, con aire cinico, me hacía una pregunta. ¿De historia o geografía? Qué importa. La cuestión era que, inmediatamente, yo empezaba a considerar demasiado en serio la pregunta; absurda la respuesta que se hacía esperar; horrible el momento. Ay, yo era la liebre acosada en su jaula. Todo comenzaba a girar alrededor, los pupitres, el salón, las caras complacidas —entre maliciosas y sádicas— de mis compañeros. Mi piel hubiera aceptado que se la comparara con la palidez del muro encalado frente al cual formábamos fila. En torno a mí la risa del curso crecía, babeando su burla. Responda, repeta el maestro, responda en seguida, y comenzaba a contar hasta tres. A la una, a las dos, a las trececes. Respondaaaa. Y como si me fuese en ello la vida yo me aferraba tensamente al pupitre por temor a caer en el vértigo de mi propio vacío, ante la imposibilidad de encontrar la única, la sola respuesta en que me jugaba la vida. El dedo del maestro avanzaba como un cuchillo de doble filo, ocupando el centro del mundo, aquel gran espacio frente a mis ojos, en un cielo donde los zamuros trazaban círculos de humo. Uno, dos, tres. Respondaana. Su figura rechoncha detrás del alto escritorio en cuyas chapas de madera ennegrecida había signos y palabras grabadas. Y encima, sobre el escritorio, rasando con el borde inferior del marco el cráneo semi-calvo del maestro, la reproducción de un óleo de Bolívar a caballo. Aquel marco dorado en cuyo vidrio, jamás limpiado, las moscas se posaban para imprimir un tejido de pequeños puntos negros que aumentaban con los días para volver cada vez más borrosa la imagen del héroe. Bolívar volteaba para mirarme de reojo, con aire acusador y endurecido, incómodo en aquella pose peripuesta, sí, persiguiéndome con la mirada por todos los rincones...

Bolívar, Bolívar.

Juan Calzadilla. 1931. Escritor venezolano.
Premio Nacional de Literatura.

Desde mi rincón

La cuestión española

TAMBOR VARGAS

Con este epígrafe me refiero a un viejo problema: el de la constitución histórica del estado español (monarquía absoluta, monarquía constitucional o república). Y puestos a ver 'cuestiones', podemos comenzar por una de las más bien simples: ¿cuándo nació esa 'España' que tanta tinta y tanta sangre ha hecho correr? Para algunos es muy sencillo: desde los Reyes Católicos; pero, exactamente ¿en virtud de qué disposición? ¿Fue por conquista? ¿Por pacto? ¿Por aclamación? Aquí, entre nosotros, en los escritorios de la administración municipal cochabambina, a la hora de redactar el texto para la lápida que ilustra algunas esquinas de la calle 'España', hubo quien demostró sabiduría al callar sobre la fecha de origen del "Reino de España".

Esta 'cuestión española' tiene una larga y compleja historia. Aun restringida al último siglo y medio y a la expresión que va de lo puramente erudito a las formas del ensayismo más o menos periodístico, nombres como Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno, Ramón Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Manuel García Morente, José Ortega y Gasset, Américo Castro, Pedro Laín Entralgo y un largo etcétera militan en la legión de quienes han 'opinado' militando. Curiosamente, todos militan dentro de lo que sólo cabe etiquetar como 'nacionalismo español'. Y dondequiera que hay 'nacionalismo' uno puede preguntarse: ¿frente y aun contra quiénes se afirman nacionalistas? Cabe repartirlos en dos grupos: hacia fuera, globalmente 'Europa' y en particular, Inglaterra y Francia...; hacia dentro, las 'naciones' cuya mera existencia atestigua la fragilidad del todo hispánico, que en una u otra medida rechazan. En concreto y sin lugar a dudas, Cataluña, Euskadi y Galicia; luego se pueden añadir cuantas se quiera (en el 'café para todos', hasta Madrid se ha 'autonomizado' del estado español!). El eminente estudioso Menéndez Pidal figura entre quienes libraron su batalla, simultáneamente, contra ambos frentes.

Con este trasfondo, hay que leer la tesis doctoral de Prudencia García Isasti, *La España metafísica. Lectura crítica del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal (1891-1936)* (Bilbao, Euskaltzaindia, 2004, XI, 614 p.). El autor es vasco, euskaldun (hablante del euskara) y vinculado laboralmente a la Academia de la Lengua Vasca (que esto significa 'Euskaltzaindia'); la tesis ha sido defendida y aprobada en la Universidad Autónoma de Madrid. La elección del autor analizador vuelve particularmente significativos sus hallazgos, pues no es una figura más de entre los 'españolólogos' (más exacto sería bautizarlos como *españolomacos* o 'luchadores por España'), sino una de las más destacadas, influyentes y 'sistemizadoras'. El joven doctorando no ha querido 'ensayar' el tema, sino -todo lo contrario- someterlo a un análisis que, en lugar de 'aproximaciones', 'impresiones' o 'intuiciones', permita extraer verdaderas conclusiones. Y para ello se ha armado con las únicas armas que son válidas para tal propósito: la obra escrita de Menéndez, compuesta de libros, artículos de revistas especializadas y de periódicos (pp. 553-571), complementada con su epistolario inédito; por otra parte, las obras de contemporáneos y discípulos (pp. 573-587).

A través de un itinerario cronológico, pero dentro de una sistematización básica que distingue entre lo 'filológico e histórico' y lo 'lingüístico y sociolingüístico', García Isasti pasa revista, desmenuza, interpreta y juzga la formación de las grandes tesis 'españolológicas' / 'españolomacas' de Menéndez Pidal. Sin pretensiones de querer reseñarlas todas, me contentaré con anotar éstas:

- 1) España es una realidad 'eterna', pues antecede al dominio y colonización romanos;
- 2) Siempre ha aspirado a la 'unidad' (peninsular), aunque a través de altibajos (dominio de los godos, 'Imperio' leonés, hegemonía castellana, 'monarquía española'...);
- 3) Sin embargo, ya desde el griego Estrabón los 'españoles' no han dejado de llamar la atención por su amor a las particularidades y su insensibilidad a las causas comunes 'grandes';



4) El protagonismo castellano en la 'formación' de España no se debió a conquistas ni imposiciones, sino a algo que podría llamarse 'la fuerza de las cosas mismas' (otros lo llamarían 'providencia divina' o 'destino manifiesto');

5) Otro tanto puede decirse de la lengua española: dotada de mayor capacidad integradora, quedó convertida en la única 'propia y verdaderamente española';

6) No sólo esto; para que subsista la España de Menéndez el estado español debe mantener su unitaria y obligatoria vigencia administrativa, educativa y cultural;

7) Por consiguiente, el desarrollo de las lenguas, culturas y naciones intrahispanas queda condenada a una posición 'menor' (de 'patria chica'), subordinada a la gloria de la 'patria grande'; y si para ello hay que consagrar dos tablas de derechos políticos, civiles, lingüísticos, Menéndez traerá a colación su 'historia' (en realidad, su metafísica), que lo legitima todo.

En realidad a Menéndez Pidal no le interesa entender la historia, pues se dejó poseer por una 'misión': la de asentar y defender su 'metafísica'; con ella creyó, no sólo hacer inteligible, sino legitimar el curso de la historia peninsular. Y cuando los hechos no confirmaban su 'teoría', se quedaba con ésta y 'condenaba' (o simplemente, cerraba los ojos a) aquéllos. De esta forma podía creer que siempre le 'salían las cuentas'. García Isasti documenta hasta la saciedad los 'quites' dialécticos de Menéndez: por ejemplo, siempre que ve 'evidencias' donde todo es cuestionable, incierto o ambiguo; o la evidencia sólo lo es para quien esté previamente convencido. Otras veces hace malabarismos con los fenómenos más rebeldes a sus tesis (la presencia de algún dialecto castellano en cualquier punto de la península; la antiquísima presencia de algún dialecto castellano en el Pirineo catalán; la pacífica y 'natural' entrada de la dinastía castellana en la Corona Catalanoaragonesa; la voluntaria aceptación del español por parte de los escritores catalanes del siglo XVI; etc.); otras veces simplemente ignora o se queda impasible ante las contradicciones.

Dicho de otra manera: un representante convicto y confeso del positivismo recurrió a troche y moche a la 'ideología', entendida como manipulación de los datos, como sustitución de éstos por los propios deseos y, a la postre, como reemplazo de la información por la dogmática. Y recurrió a los ideologemas sin aparente conciencia de ello, pues todo formaba parte de su apasionado subjetivismo fundante; peor todavía (mejor para él): sus trapacerías eran generosamente perdonadas por el público al que se dirigía, pues era cabalmente lo que pedía y esperaba de él. Esto también forma parte de la 'cuestión española', entendida como abismal inseguridad sobre la propia identidad, que a lo largo de

la historia se ha traducido en múltiples acogotamientos de los disidentes (individuos o grupos), enarbolando los principios más absolutos. En este sentido Menéndez resulta emblemático; y uno se pregunta cómo se ha cocinado el 'liberalismo' hispano en el plano político (a menudo descargando contra la Iglesia, en forma de anticlericalismo, la falta de la sustancia o claridad intelectual sociopolítica que debería caracterizarlo).

No voy a entrar a discutir algunos de los temas más sabrosos de la obra de García Isasti; sólo le crítico la ausencia de un índice onomástico, imprescindible para toda búsqueda rápida. Creo que en lo fundamental ha logrado sus propósitos: poner a la vista la compleja aleación de tan contrarias sustancias en la obra y en la personalidad menéndezpidaliana: ciencia, investigación, espléndidos resultados; pasión, apriorismos, prestidigitación con propuestas de muy dudosa fuerza de convicción. Y no hay por qué esconder la motivación nacionalista vasca en este desmontaje; sólo que una cosa es el motivo por el que alguien hace algo y otras muy diferentes, el procedimiento con que la hace y la solidez de los resultados obtenidos.

La figura del casi centenario Don Ramón me ofrece la ocasión de dedicar unas líneas a la biografía que le ha dedicado el profesor coruñés José Ignacio Pérez Pascual, *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión* (Valladolid, Junta de Castilla y León / Consejería de Educación y Cultura, 1998, 398 p., ilustraciones); también fue en su origen una tesis doctoral, defendida ésta en la Universidad salmantina. Para su tarea ha sacado abundante provecho del Archivo Menéndez Pidal que guarda la Fundación homónima, además de cuanto anda escrito sobre el patriarca y de lo que sólo una parte figura en la lista bibliográfica final (pp. 383-398).

La imagen que el lector recoge de la lectura es completa, interesante, inteligente; a través de sus capítulos podemos conocer la personalidad, las grandes empresas, las grandes pasiones y convicciones del filólogo; también el ambiente en que se formó y cuajó la carrera universitaria e investigadora de Menéndez Pidal. Me parece que cabe decir que, en general, acepta el 'marco canónico' de valoraciones y juicios imperante. Pondré dos ejemplos: ni sobre la Junta de Ampliación de Estudios ni sobre las ideas menéndezpidalianas a propósito de la 'constitución de España' parece atreverse a plantear distanciamientos, mucho menos a cuestionar sus fundamentos. Lo uno y lo otro resultan comprensibles en un doctorando, que da los primeros pasos en la labor personal y, además, lo hace por entre varios tipos de condicionamientos (algunos de ellos acaso inconscientes); en este sentido, de una tesis apenas si hay derecho a esperar algo más que buena artesanía. Y que ningún doctorando se sienta vejado por ello: le queda el resto de su vida, no para dejarla atrás, sino para demostrar que posee otras herramientas.

Sólo quiero terminar llamando la atención sobre el subtítulo de la obra: 'ciencia y pasión', dualidad que ya García Isasti nos invitaba a descubrir en Menéndez Pidal; sólo cuando la 'pasión' se degrada en 'apasionamiento' impide mantener la cabeza fría; y la búsqueda de la verdad degenera en ilusa 'evidencia' ideológica. Y la 'España metafísica' menéndezpidaliana tiene, sin duda, también sus dosis de gratuidad, que no puede convencer sino a los ya previamente convencidos.



“El Loco” de Arturo Borda y una poética de la indig

*Si sólo en la verdad culmina el arte, ¿para qué mármoles, color, sones y palabras, toda cosa para qué, si se tiene
Es tan profunda la causa de mi pena, que a veces, como por ejemplo, ahora, veo fríamente el origen d
Pasa el tiempo y descubro en mí el indeleble estigma del abortivo. Mi existencia se vuelve un tormento*

Arturo Borda. La Paz, 1883-1953

La escritura de *El Loco*, definida como un movimiento imparale entre la posibilidad de una realidad –de una vida en este país– y la imposibilidad de un lenguaje, resulta uno de los legados más radicales, para nuestra literatura, del morador de una ciudad, de la ciudad de La Paz.

El Loco enseña que un morador deviene tal porque ha encontrado la manera de un tránsito estancado en las oscuridades propias y urbanas; oscuridades que son finalmente el codiciado alimento de aquel individuo que ha descubierto en las cosas –en esas cosas interiores que llamamos pensamiento, imaginaciones y ensueños, pero también en aquellas otras que se hallan en el mundo exterior– las posibilidades de un conocimiento profundo que termina transformando la experiencia inocente de la vida en la experiencia indigente del hacerse poeta.

Este conocimiento sólo se logra forzando los límites y hundiéndose en el horror. Para nacer en la poesía, según Borda, habrá que nacer primero en la dinámica de una experiencia que culmina en la formulación radical de una poética de la indigencia y que de alguna manera recuerda aquello que propone Georges Bataille cuando señala que para ir hasta el límite del hombre es necesario no ya soportar sino forzar la suerte.

A partir de este forzar extremo, al que llega el poeta desprendiéndose de terrores y espejismos, de funciones y discursos aprendidos, el loco se transforma en un habitante de la marginalidad que, mediante una carencia irremediable, se relaciona con el lector, tocando el fondo mismo de la naturaleza humana.

El Loco es una obra que ha sido producida desde los márgenes de lo que se consideraba la intelectualidad paceña en un período clave del desarrollo de la modernidad en la ciudad de La Paz: la primera mitad del siglo XX. Mientras autores como Alcides Arguedas y Jaime Mendoza, protagonistas de ese desarrollo, proyectan en su escritura la pregunta sobre el país y expanden la literatura al espacio correspondiente a los discursos sociológico, antropológico y político al indagar sobre la composición humana, la geografía y la organización social; la escritura de Arturo Borda se sumerge y se disuelve en esa realidad que es para los otros autores objeto de observación. Mientras la producción literaria de la época privilegiaba la observación de los fenómenos sociales y ofrecía explicaciones apoyadas en la ciencia social del siglo XIX alimentada por el positivismo, los escritos de Borda, superando todo problematismo sobre esa realidad, la asumen y, presuponiendo su radical pertenencia, realizan una trayectoria orientada a experimentar los límites de la condición humana colocándose en los bordes de la percepción sensible.

Debajo de una aparente distribución desordenada de los sentidos y de las ideas, *El Loco* esconde una sistematicidad poética que asume la condición de no distinguir la delimitación entre el campo en que el pensamiento es escritura o en el que la escritura es pensamiento. Según Salvador Elizondo, de quien tomamos el entrecomillado anterior (1985), es justamente en esta ambigüedad donde se encuentra contenido el misterio e la literatura. Camino de vida y literatura de pensamiento, donde la existencia misma está en juego y donde rige únicamente la paciente destrucción de un proyecto que se sostiene en un deseo inasible e insistente: el deseo de hacerse poeta.

Hacerse poeta

Para entrar desde el lenguaje mismo a la dimensión y al contraste de este proyecto de hacerse poeta con los existentes en la época, resulta interesante escuchar a los distintos grupos de intelectuales a través de las consignas de su acción. Por ejemplo, *El ateneo femenino* respondía al objetivo moralista de la lucha antialcohólica y antivenérea; la *Filarmonía 1° de Mayo* a uno más universalista y de tono

bíblico: *Amaos los unos a los otros*; la *Sociedad Genealógica de Bolivia* recurría paradójicamente a un dicho popular para exaltar la búsqueda de una superioridad en el origen: *Nobleza obliga*; y la *Sociedad de Estudios de Historia* decía en latín la importancia de su misión: *Historia lux populi*.



Los dos grupos literarios que pretendían renovar la ya gastada sensibilidad que recibieron por herencia, para fundar una nueva en la década del veinte, también acudieron sus divisas. En La Paz, el *Ateneo de la Juventud* –al que inicialmente asistía Arturo Borda junto con los poetas Juan Capriles y Lucio Díez de Medina, y los escritores Ángel Salas, Eliodoro Camacho y Gustavo Adolfo Otero– se fundó para crear un nuevo estado de inteligencia. *Gesta bárbara* en Potosí –con los destacados Carlos Medinaceli y el peruano Gamalíel Churata– tenía como misión: *por la conquista intelectual de las juventudes de Bolivia*.

Estas consignas proyectan de distintos modos un deseo de mejorar la sociedad del futuro. Entonces, ¿cómo entender este camino de hacerse poeta que guía la escritura de Arturo Borda y cuya acción es más bien reflexiva? ¿Qué es un poeta desde esta perspectiva? En primer lugar, no se trata de aquel ser conciliador que liga de manera eficaz y mediante una versificación fácil, robusta y armoniosa incorporar en el poema una serie de contenidos y conceptos. Tampoco es aquel cincelador de la palabra que logra colocar estos conceptos a la altura de la entonación musical, como idealiza Gabriel René-Moreno cuando comenta el poema *Bolivia a la posteridad* de Ricardo Bustamante. Si bien esta concepción fue importante en la historia de la literatura boliviana, porque al buscar palabras agradables al oído el poeta asume el protagonismo de la forma haciendo de su trabajo un oficio ensimismado con el lenguaje, no hay que olvidar que para Borda el grito de su marginalidad llegó incluso a considerarse como ridícula cualquier encarnación social del poeta, ya sea como orfebre de la palabra, como rebelde, como individuo comprometido con las transformaciones sociales e incluso como bohemio, en tanto esto último es para Borda el claro ejemplo de una vida falsa que exhibe sus miserias terriblemente ridículas, al par que cándidas...

Para Borda, excéntrico y atonal con estas figuras estereotipadas del poeta, no se trata de responder a la pregunta de cómo ser un poeta, proyectando socialmente un rostro que finalmente nada tiene que ver con la poesía. *Hacerse poeta* –que desde un principio resulta más una determinación que una pregunta– es incorporar dentro de su propio movimiento la condición primordial de su ser. Ser un poeta por el hecho mismo de desearse poeta: ser haciéndose y haciéndose ser.

Se trata de un camino que asume la búsqueda de un conocimiento profundo de las cosas; o, lo que sólo es posible declarando de ante desconocido.

La escritura desde el cuerpo

Borda señalaba que la tinta de su cuerpo se escurría por sus venas: escribo con mi propia sangre. Por meter el cuerpo en la idea y lograr que mira, el alma que escruta y la materialidad del protagonista está situada por placer en una simultaneidad que, en vez de intensidad. Concebir la escritura en esta concepción, en un lugar más cercano a los sentidos que a la repetición, a los géneros y representaciones del mundo, es importante protagonismo.

Cuando nuestro cuerpo se anestesia, la sensibilidad o debilidad en el ensueño, volviendo al menor ruido sentimos salir todo nuestro ser, como por un embudo acústico, o, lo que es lo mismo, la materia.

Los sentidos, entonces, son entidades que, por que entran en contacto con el mundo exterior, del cuerpo que toca, se posa y acaricia. Es un contacto erótico, un lenguaje que quiere tan extenso como las posibilidades de la vida. Es aquí donde adquiere todo su sentido la denominación Borda– que sustenta esta escritura, entonces, ya no es válida ni significativa la realidad del personaje y su vivencia onírica en estos procesos. Lo que se da, más bien, es el reconocimiento en ambas una misma fuerza y un remarcado el modo en que esa experiencia se relaciona con el mundo exterior.

El Loco es, entonces, una secuencia de imágenes que construyen un espacio que equivale a un tiempo lineal o temporal para privilegiar la percepción como una eternidad hecha materia.

Las literaturas posteriores a Borda han hecho posible que el sentido de un cuerpo literario. Varias generaciones arraigan sus proyectos de escritura a partir de Figuerola, Fernando Medina Ferrada, Urzagasti, Jaime Sáenz o René Bascopé. Con diferentes matices e intenciones literarias muy particulares, cada uno de ellos, o no de la lectura de *El Loco*, las manifestaciones que vive en el ámbito de una poética de la palabra, algo que obliga a la confluencia, o a la separación de los vasos comunicantes, es la convicción de que el descubrimiento poético es obra de un

Fragmentos de
Incluido en Hacia
cor

gencia

e al frente la vida misma?
de mis males...
no sin tregua.

la poesía como la maduración de un
como una revelación con el mundo
temano un amor incondicional a lo

escritura era la tinta que brotaba de
re, decía, durante la lucha incesante
ar finalmente la síntesis entre el ojo
mano que escribe. Por otra parte, la
por las sensaciones del dolor y del
ez de anularlas, las lleva a una mayor
sta encrucijada y al borde de la per-
os modos que adopta el conocimien-
ón, reformulación o superación de
hace que los sentidos adquieran un

des activas, son corrientes del cuer-
do, con la materia, son la extensión
los otros cuerpos el mundo. Éste es
e que es extensión del cuerpo y se
des de sentir de ese cuerpo sensible.
o vital el deseo —o el ansia, como lo
escritura. En esta dimensión erótica,
tiva la oposición entre las vivencias
frica, pues ambas son materia essen-
más bien, es una continuidad tal que
y valor; al mismo tiempo que queda
vencia interior se apropia y se hace

ti de momentos y discontinuidades
va cualquier determinación causal,
percepción y la vivencia del instante

han engendrado un lugar de confluencia
hoy pueda pensárselas conformando
os son los escritores que recogen y
tir de esta confluencia: Sergio Suárez,
Guillermo Bedregal García, Jesús
é Aspiázu, para citar sólo a los más
incluso a partir de preocupaciones
e ellos ha sabido proponer, ausentes
nemas y los modos de un hacer que
indigencia. En todo caso, si existe
manera de Breton, a la fiesta de los
por experiencia, por visión, de que
un hacer anterior a la obra misma.

La secreta rebelión de la indigencia,
una historia crítica de la Literatura,
ordinado por Alba María Paz Soldán



La magia de Raúl Otero Reiche

Homenaje a Raúl Otero Reiche, poeta nacido en Santa Cruz de la Sierra, en enero de 1906, y muerto en la misma ciudad en enero de 1976

Canto al hombre de la selva de Raúl Otero Reiche es una notable serie de versos que, al afirmar su decantada sensibilidad literaria, ofrece simultáneamente un paradigma de la poesía considerada como resultado de aquel enigma designado con el nombre de posesión.

Allá el shamán, el médium, el brujo, el profeta son invadidos por fuerzas místicas inexplicables. Aquí el poeta es levitado a regiones estelares desde donde siente más que observa el universo ordinario con una nueva perspectiva, o es absorbido por su tema hasta que sus palpitaciones se sincronizan con el latir de una nueva realidad.

No vamos a considerar la etiología del fenómeno —aquella chispa divina que parece surgir de la nada—, sólo nos referiremos brevemente al ceremonial —pues en toda buena posesión ha de haber un ceremonial que se desarrolle paralelamente al canto.

En primer término está la invocación, la apelación que invita a cierto poder sobrenatural a aposentarse en la mente y, por qué no decirlo, en el cuerpo del escritor. Su forma varía, por supuesto, de acuerdo con la época y la personalidad del autor. Veamos algunos casos, que van desde los más clásicos:

De Aquiles de Peleo canta, Dios / la venganza fatal... (Homero, La Ilíada)

... Canta, Musa celestial, que, en la cumbre / del Orbe... (John Milton, El paraíso Perdido)

Hasta los relativamente más modernos:
Heme aquí, yo soy un efebo... (Victor Hugo, La canción de Sófocles a Salamina).

Yo soy el bien conocido cantor, /... (Goethe, el Cazador de Ratones).

Ahora soy zagala, que apacienta un rebaño... (Juana de Ibarborou, La Pastora).

Yo soy el fleco de oro / de la lejana estrella; /... (Bécquer, Rimas V).

Otero dice: Yo soy la selva indómita / la tempestad de aroma de la tierra... Y con esta fórmula, que se cuenta entre las más directas y simples, se produce la posesión inmediata. Pan abandona su recóndita morada de vegetación salvaje, y presta sus sentidos al poeta, y toma de él su voz y su lira para cantar los misterios vedados a los simples mortales de mentalidad prosaica.

Ha comenzado el éxtasis, el arrobamiento del espíritu. Son los ecos, los murmullos, los rugidos, los truenos y los perfumes, las llamaradas, los luceros, los vientos, y la vegetación lujurante y los minerales y la fauna que renuncian a su existencia plena de contingencias, sujeta a transformaciones y muertes sucesivas para materializarse en el énfasis inmanente del canto poético.

Cada verso es el resultado de impulsos emocionales que se han sustraído al espacio-tiempo habitual. Por las venas del poeta ya no fluye la sangre roja, sino el perfume líquido del sol, y él ya no es Raúl Otero, sino el emisario de Pan, el que esperaban las criaturas del monte...

Como dice Carl Gustav Jung en su Relación de la Psicología Analítica con la Poesía: ... su pluma escribe cosas que su mente contempla con sorpre-

sa... Él sólo puede obedecer e impulso aparentemente extraño dentro de él y seguirle a donde la conduzca, sintiendo que su trabajo es más grande que su propia persona...

Al final... al final, cuando el viaje ha durado lo suficiente y se ha dicho todo lo que tenía que decirse, hay que recurrir al exorcismo como la única manera de escapar al trance.

El conjuro no está mencionado, por supuesto, en el Ritual Romano, ni se logra con una danza tribal. Quizá esté más íntimamente relacionado con el final de la cabalgata aérea del shamán que se realiza al son del sonido rítmico de su tambor más relacionado, decimos, con el clímax de las sensaciones producidas por los insólitos paisajes y escenas que éste contempla durante su vuelo.

El shamán: Veo un camino en llamas; ¿qué es esto? Una mujer con cabeza de lagarto.

Raúl Otero: Yo soy el hombre de la selva... encendido en relámpagos... rugiendo huracanes.

Que tu poderosa mano expulse a este cruel



demonio... no tiene ningún efecto en estas circunstancias.

El poeta encuentra por su cuenta su propio ensalmo. En las obras poéticas anteriormente mencionadas, Víctor Hugo dice: Yo quiero morir, oh diosa, pero no antes de haber amado.

Goethe: Todos deberían sentir un terror sagrado / por el canto y la cuerda mágica.

Juana de Ibarborou: Y da una nota falsa la flauta de cristal.

Otero crea una expresión sorprendente, insólita. No dice simplemente soy una cascada o soy una catarata. Dice: Yo soy un río de pie.

¿Y entonces, se puede colegir de todo esto que ha concluido el encantamiento? Para el poeta es posible que así sea. Pero para el lector amante del ritmo y el ensueño estos versos podrán siempre abrirle una y otra vez las puertas a un mundo mágico de caimanes de hierro y palomas de seda.

Yo soy la selva indómita,
la tempestad de aroma de la tierra
insurgiendo en galopes de torrentes.

Por mis venas sonoras
fluye el perfume líquido del sol,
padre del fuego.
Mi pensamiento fulge en llamaradas
de estrellas.

Nací del parto de oro
de la tormenta verde.
No me falta ni el látigo del rayo
ni las riendas del viento,
para ser el jinete en la aurora
con mi poncho de nubes
y la guitarra de cristal del río
sobre los hombros anchos del infinito.

Yo soy el que esperaban
los jaguares manchados de luceros,
los toros ígneos de crepúsculos,
los caimanes de hierro,
las palomas de seda,
para la transfusión de sangres bárbaras.

Yo soy el arquetipo de esta raza salvaje
que quiso limitar el horizonte,
pisar el borde mismo del planeta
y con el cigarro entre los labios
dejarse caer,
dejarse arrebatar súbitamente
por la inmensa cachuelo del espacio.

Hombre de la llanura / sin fin,
más larga que la vista,
más amplia que mis brazos extendidos
en un imploración de pueblos.
La extensión se me escapa de las manos
rojas de palmar en el vacío
para nos escuchen los silencios.
Tengo en los ojos / los diamantes
de nuestras minas de Chiquitos,
la Cólquida oriental,
la que da chonta para el arco
y guayacán para la hoguera.

Mi corazón es la colmena
y mi cerebro el hormiguero.
Vibran mis músculos de bou,
se abren cantando mis arterias.
Mis labios sangran en el grito de luz y aroma
del clavel.

Yo soy el hombre de la selva,
perfume,
cántico y amor,
pero encendido de relámpagos,
pero rugiendo de huracanes.
Yo soy un río de pie.

Hugo Murillo Bénich. 1941. Ingeniero de minas, pintor y escritor orureño.



Elvio Romero



Elvio Romero. Yegros, Paraguay - 1926. Buenos Aires, Argentina - 2004. Reconocido como uno de los máximos exponentes de la poesía americana contemporánea. De sus trece poemarios editados se destacan: *Soles áridos*, *El viejo fuego*, *Los inabundables*, *Los valles imaginarios* y *Flechas en un arco tendido*. Obra en prosa: *Miguel Hernández: destino y poesía*, *El poeta y sus encrucijadas* (Premio Nacional del Paraguay 1991) y *Fabulaciones*. Ha sido traducido a varios idiomas.

Tren con banderas

Era un tren con banderas
aquel tren de mi pueblo; un tren hermoso
como esos trenes hondos que aran la quemadura
de la imaginaria popular; tren compartido,
mínimo y desolado por entre cordilleras,
por entre atajos, por entre donde brotan
los pañuelos del adiós del horizonte.

Era un tren con banderas,
cuando avanzaba solo
como arisco alazán por la pradera,
era una clara y lenta respiración del aire,
centella imaginaria de luna y aguacero,
una fiesta ligera de infancia y de colores;
volaba el viento norte sobre sus ventanillas,
sus ruedas fulguraban sobre espuelas de rieles,
su silbido era un canto de pájaro de fuego.

La Cruz del Sur, caída,
vinjaba en sus furgones. Y lo demás; los frutos
radiosos de la tierra; el violento verano
ceruido en los maizales, los arrieros
de las fronteras, el grito seco de las plantaciones;
todo se acumulaba en sus valvenas, la resolana de enero,
rostros cetrinos y guitarras hondas,
cántaros con serpiente, fugitivos callados,
embarazadas, brisas, handoleros.

Era un tren con banderas.
El Paraguay entero
cabría en sus vagones, su violencia
y su encendida música cabría en su silencio
y su desamparado destino, el afán soterrado
de libertad, su cruz y sus crucifixiones,
la madera olorosa de sus montes cerrados,
su profunda y amarga masticación de muerte.

Era un tren con banderas
y ojos abrasadores; tren orlado
por historias de guerra y rebeliones,
tren cruzado de gritos altos y lejanías,
de sonidos y naranjales; una llama
prendida sobre un vértigo dorado,
un tren de lumbre y alba sobre una tierra en celo.

Aquel tren de mi pueblo solitario y profundo,
¡era un tren con banderas!

Caminante

Heme aquí, con los de mi camino:
el Justo, el Pobre, el Perseguido
y el Rebelde. De parte alguna vino
mi voz, sino de ellos. Fui con ellos
a elegir mi posada, el desprendido
corazón. El pan, el vino
me fueron ofrecidos. Los destellos
de su ser se encendieron; ahora nada
tengo más que de un mundo compartido,
el compartido amor y la mirada.

Se me fue dado este cantar por ellos.

Heme aquí, derramado en mi camino.

El hijo de la tierra

Si me toca volver, si me tocara
volver a lo hondo, al haz de los rustros,
a lo hondo triste que encendió mis ojos,
a lo hondo cruento que labró mi cara;

si a mi propio nacer volviera para
remodelar mis raíces y mis despojos,
y tocando ese erial de fuegos rojos
mi propio origen, fuerte, me tallara:

volvería a cumplir el mismo rito,
volvería a cantar del mismo modo,
volvería esplender el mismo nombre,

pues arbolando siempre el mismo grito,
la misma luz transformaría todo,
¡la misma luz coronaría un hombre!

Eso somos

Eso somos: las flechas
en un arco tendido, la despreciable indiada;
las leñas que han de arder en los fogones
del blanco en La Misión, los hijos de la intemperie,
del vasto infierno de los desiertos,
definitivamente condenados.

Esos somos:
la sombra de lo que fuimos,
una ala destrozada en pleno vuelo
cubierta por la sombra del murciélago,
el habitante forestal, ahora
cazado en plena selva, los guerreros vencidos
definitivamente.

Eso somos: la estela
del salto del jaguar al infinito,
los más desamparados de la tierra;
culabazas vacías sin ecos ni semillas,
sustraídas de una fuerza brillante,
los golpeados, los tristes, los caídos
definitivamente.

La poesía de Elvio Romero no se agota en la temática social o indigenista. En permanente desacuerdo con lo real, Elvio Romero es un intérprete de los anhelos más hondos del hombre y un poeta en perpetuo asombro que persigue lo desconocido y lo casi inasible. Vertientes temáticas más intimistas de su poesía son su reflexión sobre el extrañamiento del exilio y su lírica amorosa. Testimonio de los padecimientos de su pueblo, la obra de Elvio Romero puede encuadrarse dentro de la poesía social de denuncia hispanoamericana junto a la de Nicolás Guillén, Ernesto Cardenal, Pablo Neruda, Nicanor Parra y Manuel del Cabral.

Un niño llamado Tristeza

La maestra y poeta tarijeña Luz Laura Aparicio de Fuentes, autora de "Piedra y Tiempo" al que pertenece la narración que *El Duende* se honra en publicar, manifiesta que el "libro tiene dos constancias recurrentes: el alma de la tierra y el sentido de lo humano. ¡Al final -dice-, sé que la vida es bella si está llena de cantos!"



Aún recuerdo el pueblo de mi niñez: un valle de gigantes eucaliptos y de mentas olorosas... y mi casa fresca, de barro, en cuyo patio un pomelo bordaba en la primavera, encajes para su enagua...

Recuerdo a mi madre, fina, ligera, con la piel plena de luz y los ojos como pozos oscuros y solitarios.

Cada día, a la hora del crepúsculo, desde lo alto de un granero, ella escrutaba el camino. Su mirada permanecía clavada en la última curva de la loma. Cuando la noche, de la mano del lucero, hería la garganta del cerro, mi madre -paso a paso- desandaba las gradas.

-¿Por qué miras tanto el camino? -le pregunté un día -.

¿Esperas a alguien?

Ella, me respondió observando la distancia:

-¡Ya a nadie...!

Su voz-sonaba serena; sin embargo, yo intuía que una cuerda en su alma se había roto, definitivamente.

Callé teniendo una rara sensación en el alma. Ella me abrazó y mis cabellos se mojaron con su llanto. ¡Fue la única vez que la vi llorar!

Ha pasado mucho tiempo. La mazorca de mis años se ha desgarnado casi entera. Sin embargo, sigo llevando -como cuando era niño- la temura de mi madre y una pregunta que muchas veces murió en mis labios.

-¿Por qué nos dejó papá? ¿Él, no me quiere?

Y me veo pequeño, de la mano de mi madre, abrazando una sombra en el vacío...

Contaría cinco años y era enero. Tenía el alma gozosa de color y viento. Era novio formal de la rosa; pero sólo Dios sabe cuánto amaba a las campanillas azules, a la dalia campesina y a la anémone real. Durante el día, yo iba por los rastros a cazar grillos y al anochecer, los soltaba para que canten -por mí- a las flores.

¡Nunca en mi vida las rosas, campanillas y dalias tuvieron como entonces, tan lindas serenatas!

Una tarde jugábamos Pablito y yo en la calle poblana. De pronto como ocurre en estos casos, disputamos una cachina de colores brillantes. Se la quitó y él me amenazó, enojado:

-Te voy a hacer pegar con papá...!

Me alcé en mis cinco años y le respondí, no sin menos enfado:

-¡Tráelo no más...! ¡No le tengo miedo!

Su respuesta me quemó la cara:

-¡Me alegro que tú no tengas papá!

La luciérnaga que brillaba en mi corazón, se apagó de pronto. Lleno de furia me avalancé sobre Pablo y ambos caímos al suelo.

-¡Tengo papá! ¡Tengo papá! -le grité una y otra vez.

Alguien nos separó. Entonces, corrí donde mi madre y le espeté:

-¿Es cierto que no tengo papá?

Una terrible palidez cubrió su cara. Parecía que iba a derretirse, después, sobreponiéndose, me habló así:

-¡Claro que lo tienes! Simplemente que él está lejos; pero ya verás que algún día volverá.

-¿Por qué nunca me hablas de él?

Se mordió los labios. Su figura mojada de tristeza, se me hizo patente y presentí que un grito quedó aleteando en su garganta.

Al día siguiente, mamá volvió de sus clases con una carta



en sus manos. Sin embargo, no estaba alegre, tenía en la boca una sonrisa congelada.

-¡Léemela, mamita! -le pedí- ¡Léemela por favor!

Nos sentamos a la sombra del pomelo, rompió el sobre y leyó.

Amada esposa y Carlitos:

Hoy, casi a la madrugada, soñé que estábamos reunidos en casa, los tres. Bajo un manzano que jugaba con su sombra, tú, esposa mía, tenías el regazo sembrado de pétalos. Muy cerca, Carlitos cabalgaba un brioso corcel de caña hueca. Las crines y la cola eran verdes y llevaban, como riendas, collares de flores de ceibo.

Carlitos era el comandante de un ejército de grillos con el que libraba a la violeta de las tenazas del malvado alacrán.

Como contradiciendo mi sueño, la mañana amaneció gris y fría. Quise quedarme en cama, pero salté de ella, al recordar que debo ganar mucho dinero para traerlos a ustedes aquí.

Cuando salí de la casa, la ciudad estaba inundada de neblina y este frío, me hizo añorar con más fuerza, ese valle cálido y el cariño de ustedes dos.

Los amo mucho

José.

Fue la primera carta a la cual siguieron otras que llegaban, cumplidamente, cada martes. Una vez, pregunté a mamá:

-¿Sabes si en Buenos Aires hay osos de juguete?

Quisiera que papá me regalara uno...

-Le escribiré... avisándole tu pedido.

A las dos semanas tuvimos la respuesta; ella decía:

Mis dos amores:

Ayer caminé por toda la ciudad buscando el juguete que me pide Carlitos. Todos los que encontraba eran pequeños,

sin expresión, feos. Por fin, al atardecer, en un escaparate, vi uno que tenía los ojos azules, vivos y la boca adornada por una sonrisa pícaro, como la del que disimula las picardías de su amo. Su piel era blanca, sedosa límpida.

¡Era el oso que buscaba; y lo compré!

Cuando viaje a ésa, que espero será muy pronto, lo llevaré conmigo.

Los quiero mucho

José

Desde entonces la figura que me formé de papá, estaba siempre acompañada por la de un osito de peluche.

Cuando alguna travesura llenaba mi vida, yo imaginaba que el oso, a mi lado, gozaba conmigo. Cuando sufría, cerraba los ojos y le contaba mis penas. En esos momentos escuchaba, derramándose en mi oído, las palabras consoladoras que me hubiese dicho papá.

A los cinco años ingresé en la escuela, casi a la fuerza. Mamá dijo entonces:

-Aún eres muy pequeño. ¡Espera un año más...!

-No mamita -le respondí-. Quiero aprender, para escribir a papá. Además, así yo solito, por las noches, leeré una y otra vez sus cartas, sin molestarte.

Y fui a la escuela. Yo notaba que en la clase era el alumno a quien ella, menos atendía; como si deseara dilatar el tiempo de mi aprendizaje. A los cuatro meses era un "as" en la lectura. Hasta que una tarde, le dije:

-Mamita, la próxima carta que nos llegue, la leeré yo.

Ella se quedó en silencio.

Los días corrieron rápidamente y mi madre era una sombra pensativa; después, me dio la noticia: papá había muerto.

Pasó el tiempo. El rostro que le había atribuido, se fue tornando difuso como la imagen del oso de piel sedosa que jamás pude tener. Sólo las palabras de sus cartas quedaron en mi recuerdo, como siemprevivas.

Pasaron los años; yo dejé el valle y en él a mi niñez y a mi madre. Aún la veo despidiéndome con la mirada triste y la palabra ahogada. Ayer me llegó el viejo baúl, única herencia de mamá. Al abrirlo, encontré un ramo de flores amarillas por el tiempo, un libro de poemas con las hojas rotas y un manojito de cartas.

-¡Las cartas de papá! -dije en un grito.

Las abrí una tras otra; estaban escritas con la letra larga y clara de mi madre.

Entonces entendí el verdadero sentido del abandono y del amor. Y lloré, mis lágrimas salían de tan adentro que arrastraban la borra de mis dolores de hombre, de mis angustias de niño y de la desolación de una madre sola.



Adolfo Cárdenas Romero

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del período republicano

Escritores representativos

Tristán Roca. Poeta, periodista y político de brillante carrera profesional. Nació en Asusquí - Santa Cruz, el 26 de junio de 1826 y fue fusilado en el Paraguay, por orden del Presidente Francisco Solano el 12 de agosto de 1868. Lo paradójico es que huyendo del tirano Melgarejo, fue a encontrar la muerte a manos de otro gobernante totalitario que en aquel tiempo sostenía una cruenta guerra contra el Brasil, la Argentina y el Uruguay, conocida como la Guerra de la Triple Alianza. Luego de graduarse bachiller en Santa Cruz, estudió leyes en Chuquisaca en la Universidad de San Francisco Xavier y se graduó en 1855. Allí fue que despertó su vocación por las letras y de vuelta en Santa Cruz, fundó el *Centro Cultural Amantes de Minerva*, donde cultivó su vocación literaria.

Nunca se sometió a la voluntad de los gobiernos dictatoriales, por ello, siendo joven aún encabezó una manifestación de protesta contra el Presidente José María Linares, quien lo confinó al Beni, donde permaneció dos años, al cabo de los cuales se internó en territorio brasileño. A la caída de Linares retornó al país, siendo elegido Diputado por la provincia Chiquitos, en 1861. En 1864 el Presidente Achá lo designó Subsecretario de Instrucción Pública y luego, en 1864, lo nombró Prefecto de Santa Cruz. Un año antes le había encomendado la misión de instalar una imprenta y Roca fundó *La estrella del Oriente*, considerado el primer órgano de prensa que circuló en la región oriental de Bolivia.

Cuando Mariano Melgarejo subió al poder, Tristán Roca siendo Prefecto de Santa Cruz, se negó a reconocerlo como autoridad nacional. Su resistencia no duró mucho, debido a la desertión de algunos de sus hombres por lo se vio obligado a buscar asilo en la parte norte de Santa Cruz, siendo aprehendido luego de una nueva intentona de rebelión. Logró escapar buscando asilo en Corumbá (Brasil) que entonces se hallaba en poder de los

paraguayos. El poeta logró llegar a Asunción en 1866 y pronto accedió a las esferas intelectuales de ese país, llegando a ocupar la dirección del diario *El Centinela*. Como se trataba de un órgano de prensa oficialista, Solano López, aquilatando sus dotes profesionales, lo nombró asesor con rango de Ministro en su gobierno.

La guerra fue desastrosa para el Paraguay. Ante el avance de los aliados hubo caos y confusión. Familiares y colaboradores de Solano López se pronunciaron por la paz, hecho que el mandatario interpretó como traición, tanto que hasta la madre del Presidente estuvo a punto de ser fusilada. Pero Tristán no pudo salvarse; luego de ser procesado sumariamente, fue ejecutado la madrugada del 12 de agosto de 1868.

Infortunadamente, gran parte de su producción poética aún permanece inédita. Lo publicado se halla disperso en diarios, revistas y antologías de la época. Se advierte en su poesía un fácil manejo del verso de arte menor. Sus temas son testimoniales, poco trabajados y directos en la emisión de su contenido, tal como expresa un fragmento de *El desterrado*:

El desterrado

*Sigo tranquilo y sereno
mi yermo y erial camino,
como errante peregrino
que anda sin Patria ni hogar.
El signo del sufrimiento
llevo entre tanto en mi frente
porque soy ciprés doliente,
nacido para llorar.*

*Así me encuentre la aurora,
así la noche sombría
así en vela y agonía
siento las horas pasar,
así van las ilusiones
marchitas una a una
con mi continuo llorar.*

